

con sus palabras, y dirigieron á Maximiano una exposicion en que le hacian ver que los deberes que tenian para con Dios no les permitian obedecer sus órdenes inicuas y sacrílegas. El resultado fué que montando en cólera el tirano mandó al resto del ejército que pasase á degüello á toda aquella legion, la que se dejó martirizar sin hacer la menor resistencia ni alentar una queja, antes bien celebrando su dicha en dar la vida por su divino Redentor. La legion constaba de seis mil hombres. Poco tiempo despues se declaró la persecucion general, porque estando Diocleciano en el Oriente, enmudecieron los ídolos, y no le dieron las respuestas que fingian los sacerdotes, ó que solian dar los demonios que estaban en ellos; lo que de tal modo encendió al emperador contra los cristianos, por juzgar fuesen la causa del silencio de sus mentidos dioses, que libró inmediatamente el decreto de proscripcion á los que no renunciassen de la fé, sacrificando á los ídolos.

P. ¿Qué Papas sucedieron á Eutiquiano?

R. Inmediatamente le sucedió Cayo, en el año 283 de Cristo: á Cayo, Marcelino en el de 296: muerto éste el año 304, estuvo vacante la silla pontificia tres años; al cabo de ellos fué electo Marcelo I. El tirano Maxencio le desterró de Roma, y murió en su destierro al año y ocho meses de pontificado. Le sucedió Eusebio; pero no ocupó la silla mas que cuatro meses, y murió en el de Septiembre del año 310.

P. ¿Qué incremento se notó en la persecucion de Diocleciano contra los cristianos?

R. El que le dió el César Galerio, instigando á Diocleciano, en tanto grado, que la persecucion se seguia ya con una rabia y furor implacables. Galerio mandó pren-

der fuego á palacio, é imputó el hecho á los cristianos. Diocleciano lo creyó, y desde entonces la persecucion fué terrible, extendiéndose hasta á la familia misma del emperador. En las provincias no se ocupaban los jueces mas que en buscar cristianos y condenarlos á la muerte, despues de haberlos atormentado de un modo espantoso. A los tormentos se agregaban las maquinaciones mas detestables que la astucia infernal sugeria á los tiranos: tal era entonces la de llevar á los cristianos ante el ara del ídolo, y esparcir despues la voz de que habian sacrificado, con el depravado intento de desalentar á los demas. Para el efecto los dejaban ir libres, y celebraban el hecho falso que ellos mismos les imputaban. Respecto á las doncellas pudorosas se valian del ardid de amenazarlas con que las harian perder su virginidad, y aun llegaban á intentarlo, arastrándolas á lugares infames de prostitucion, en los que muchas veces experimentaron una asistencia poderosa del cielo, pues ó caian muertos repentinamente los que osaban acercarse á ellas, ó las defendian sus ángeles custodios, ó proveia la Divina Providencia de algun otro medio con que las ponía á salvo, tal como el que puso en la vírgen Lucía, á quien fijó de tal modo en el lugar de que querian llevarla, que no bastó fuerza alguna á moverla, hasta que el tirano la hizo rodear allí mismo de materias inflamables, á que mandó prender fuego para abrasarla.

Semejante intento pusieron tambien por obra con algunos jóvenes de especial modestia; entre otros fué uno que, atado á un blando lecho con fuertes, mas no ásperas ligaduras, logró triunfar de sí mismo y del tirano con el heróico hecho de cortarse la lengua con sus dientes

y escupirla en la cara de la deshonesta muger que habian hecho entrar para que le corrompiese.

P. En una persecucion tan dilatada y tan generalizada por el imperio, es preciso que haya habido muchas y muy ilustres víctimas.

R. Aunque en todas las persecuciones haya habido, como hubo en efecto, héroes y heroínas de virtud, cuales jamas habia visto el mundo, en esta abundaron tanto y se hicieron tanto lugar en la justa estimacion del mundo y de la Iglesia, que puede decirse haber sido como la cosecha de los frutos mas ópimos y sazonados; el reseñar solamente los nombres esclarecidos de tan valerosos mártires, causa un placer inexplicable, que realzan las circunstancias de cada uno de ellos. Seria de apreciar que pudiésemos dar aun solo en compendio la noticia de sus combates y sus triunfos; pero fuera de que se encuentra por la mayor parte en los Años Cristianos, seria muy difusa para un compendio como este, en que es necesario abreviar aun la de los mas grandes acontecimientos.

En España resplandecieron por su valor y constancia en el martirio los pequeños niños Justo y Pastor, que presentándose espontáneamente al tirano, confesaron la fé de Cristo y sufrieron el martirio, siendo cruelmente azotados y cortándoseles la cabeza. El anciano Valerio, que por su decrepitud fué condenado al destierro, en que perdió la vida consumido de la hambre y las penalidades. El joven Vicente, diácono del mismo obispo Valerio, sobre el que descargó el despiadado Daciano todo el furor que le causó la constancia de su obispo, haciéndolo extender en el potro y despedazar sus carnes con peines de hierro, y ten-

diéndole despues en una cama de hierro ardiendo, á que ayudaban láminas ó planchas hechas áscua que le aplicaban al cuerpo. La vírgen Eulalia, que apenas habia cumplido trece años y se presentó voluntariamente al tirano para confesar á Jesucristo, padeció sucesivamente todos cuantos tormentos aplicaban los verdugos aun á los hombres mas vigorosos. Ciriaco y Paula, Acíselo y Victoria, Leocadia y otros muchos, entre los cuales se hacen lugar los cristianos todos que á está vez habia en la ciudad de Zaragoza, y á quienes el tirano hizo reunir en un cuerpo y quitarles la vida fuera de la ciudad.

En Roma la esclarecida Santa Inés, vírgen de trece años y de admirable virtud y fortaleza, quien defendió su religion y su virginidad al mismo tiempo, y dió generosamente su vida, con asombro de los espectadores.

En Alejandría la ilustre Santa Catarina, quien despues de haber confundido con su sabiduría á los filósofos del gentilismo, triunfó del tirano Maximino con su constancia en el martirio, cortándosele la cabeza despues de haberle hecho sufrir crueles tormentos.

En Sicilia Santa Lucía, insigne por el amor á la virginidad y por la viva fé con que defendió la divinidad de la religion, hasta tender el cuello bajo la segur, reportando las palmas de vírgen y de mártir.

En Francia San Quintin y San Victor, esclarecidísimos por el valor heróico con que padecieron acerbísimos tormentos y terminaron su gloriosa carrera, cortada la cabeza.

Tal fué el último y obstinado combate que el gentilismo presentó á la Iglesia, y tal el triunfo de ésta al fin del tercer siglo y principio del cuarto, en el que habia de reportar muy pronto otra victoria que la guiaba á su exaltacion y al imperio del mundo, mediante la paz de Constantino.



---

SUMARIO DEL CAPITULO SEPTIMO.

---

*Abdicen Diocleciano y Maximiano separadamente el imperio y Galerio se apodera de él, y continúa la persecucion de la Iglesia. Constancio Cloro, César del imperio, gobierna las Galias y se muestra favorable á los cristianos. Tiene de Helena á Constantino el Grande, que á la sazón de la abdicacion de los emperadores contaba diez y ocho años de edad. Muerto Constancio Cloro, las legiones dan la púrpura á Constantino. Muere Galerio en Sárdica, Maximino se apodera del Oriente y persigue á los cristianos. Maxencio y Maximino hacen la guerra á Constantino: ve éste en el aire la señal de la cruz, y el Señor le promete que bajo este signo sagrado vencerá: pone el signo de la cruz en el estandarte que lleva su ejército y que es llamado Lábaro, y confiando en el socorro divino presenta á Maxencio una batalla decisiva, y la gana. Unese con Licinio, tambien emperador, y ambos publican un edicto solemne en que conceden la paz y libertad á la Iglesia, terminando la persecucion, que habia durado siete años. Desuviènense Constantino y Licinio, y éste es vencido, quedando Constantino dueño único y absoluto del imperio.*

*Constantino otorga indemnizaciones á las iglesias y privilegios á los clérigos: cede al Papa el palacio de Le-*